

el H. Juan Oliveira: visitóle el P. Almeida, dijóle un Evangelio, y púsole la mano sobre la cabeza, y consolando al enfermero dijo: «No se aflija que el enfermo no morirá de esta caída, ántes sanará enteramente por intercesion de S. Francisco Javier, como sanó el P. Marcelo Mastrillo:» y fué cosa admirable que, estando desahuciado de los médicos, mejoró y sanó en breve tiempo, recuperando la salud entera, como el Padre lo dijo, reconociendo todos que Dios hablaba por su boca y le comunicaba su divino espíritu para conocer y profetizar lo oculto y lo futuro.

Sea la última la que declaró á su Rector estando en el colegio de Riojaneiro, que viéndole muy gozoso y alborozado que parecia no cabia en sí mismo, deseó saber la causa de aquella desacostumbrada alegría, y el siervo de Dios con santa candidez le respondió: «¿No tengo de estar alegre, que me ha dicho Dios nuestro Señor que soy uno de los predestinados que le han de ver y gozar en la bienaventuranza? Mi gozo es tan crecido, que no me cabe en el pecho y broto por todos los miembros de mi cuerpo.» Y el Superior quedó tambien gozoso de su dicha, y le creyó por las prendas que tenia de ella en su santa vida y ejemplarísima religion.

Son tantas las profecias de este siervo del Señor, que no caben en tan corto volúmen como este, las cuales trae su Provincial el P. Simon de Vasconcelos en su vida: á muchos profetizó el estado que habian de tomar, á otros descubrió los pensamientos y deseos que tenian, á otros pronosticó su muerte y les avisó con tiempo para que se preparasen para ella, á otros la vida estando enfermos, y á no pocos las cosas que habian tratado muy secretas, que parece le habia dado Dios llave maestra para abrir las puertas de los corazones de todos, y que no hubiese para él cosa cerrada ni oculta, manifestándole todos sus secretos como á íntimo amigo, como á Abrahan y otros grandes siervos suyos.

## XI

### *El amor de Dios y del prójimo que tuvo el P. Juan de Almeida.*

De lo dicho se puede fácilmente colegir el fuego de amor divino que ardia continuamente en el corazón de este fiel siervo de Dios; pues ni de día ni de noche pensaba en otra cosa sino en Él, ni jamas hablaba sino de sus grandezas y excelencias y de lo que podía redundar en su loor; y, como decian todos los que le trataban, el santo Padre vivia con el cuerpo en la tierra y con el alma en el cielo, amando y alabando á Dios.

Jamas se le conoció aficion á cosa terrena, porque toda su alma y toda su voluntad tenia empleada en Dios, en quien vivia más que en sí, y á quien amaba más que á su vida, deseando perpetuamente emplearla en su servicio y morir mártir por su amor: y ya que no tuvo tirano que le martirizase, él se hizo tirano de sí mismo, inventando cada dia tantos linajes de rigurosas penitencias para atormentar su cuerpo por amor de Jesucristo, y por hacerse todo un retrato vivo de su Pasion: el fuego que ardia en su pecho arrojaba llamas al rostro de manera que muchas veces le vieron encendido y sonroseado con notable ardor, otras veces brotar sangre por las mejillas, otras prorrumpir en gemidos, voces y lamentos exteriores, sin poderlos reprimir por la grande fuerza del amor divino que ardia en su corazón, y todo cuanto hacia y padecia le parecia poco y nada por lo mucho que deseaba hacer en servicio de Dios, á quien tanto amaba.

Y á semejanza de este fuego sagrado era el del amor que tenia á sus prójimos, deseando su salvacion como la suya propia, sin perdonar á trabajo ni desvelo, ni á traza ni á cuidado por conseguirla, poniendo, como puso, muchas veces la vida por el bien espiritual de sus prójimos, y dejando muchos ejemplos que están repartidos por el discurso de su vida.

Sea testigo de esta verdad lo que le sucedió llamándole para confesar un esclavo enfermo, que estaba en la aldea de S. Francisco Javier, catorce leguas de Riojaneiro, mar en medio: salió con su compañero á buscar embarcacion y no la halló, porque los indios habian ido á sus pescas y rozas y las habian llevado todas; sólo halló el siervo de Dios una como barquilla que habian hecho de palillos unos niños para andar por la orilla: y aunque era tan débil, que apenas podria sufrir dos muchachos sin hundirse, venciendo el celo de salvar aquel alma la dificultad y el temor, subió en ella y con él su compañero y un indio que la guiase y moviese con los remos; pero á pocos pasos se abrió la barca por medio y los tres dieron en el agua. Pero era mayor su fuego, porque ni á esta dificultad se venció; pudiendo fácilmente volver á tierra por hallarse cerca de la ribera, no lo hizo, sino ordenó al indio que fuese nadando por el mar, y tirando con un cordel de los dos pedazos de la barca, en los cuales fueron sustentándose, aunque con mucho trabajo, él y su compañero, y de esta manera pasaron aquel brazo de mar y llegaron á la aldea á sacramentar al esclavo, arriesgando de buena gana su vida por bien de aquella alma.

Otro caso le sucedió, aunque no de tanto riesgo, pero es indicio del celo que ardia en su pecho de la salvacion de las almas y servicio de Dios.

Andando en una mision, se aposentó en casa de un clérigo, y habiéndose recogido en su aposento, sintió que el Sacerdote vencido de su flaqueza soli-

citaba á la criada y ella se defendía, siendo más casta que él; mas como perseverase en su porfía, el P. Almeida, acordándose de lo que S. Francisco Javier hizo para reprimir á un hombre lascivo, que fué herir sus espaldas con sangrienta disciplina; hizo lo mismo el siervo de Dios, y, oyéndolo el Sacerdote, se disciplinó rigurosamente, de que el clérigo concibió tal temor que contrito y humillado comenzó á dar voces diciendo: «Basta, Padre, basta la penitencia que haceis por mí, que á mí me pesa de lo hecho y me arrepiento de corazón.» Y diciendo y haciendo salió de la casa y pasó á otra por huir de la ocasion, y contó lo que le habia sucedido con el siervo de Dios.

Más admirable fué lo que le sucedió otra vez estando con tres religiosos, los cuales comenzaron á murmurar de una persona seglar, no cosas graves, ni que la quitaban su reputacion; pero el P. Almeida, que nunca supo murmurar sino alabar á todos, procuró estorbar la plática, y como no pudiese vencerlos levantó las manos al cielo, diciendo: «Basta, basta, que del mismo demonio no puedo sufrir que se diga mal:» y fué tal su sentimiento que brotó sangre viva por las mejillas, que corrió hasta la tierra y le quedaron por algunos días las señales con admiracion de los presentes, que despues lo testificaron con juramento en la informacion que se hizo en orden á su canonizacion: tal fué siempre el celo que tuvo de los prójimos y de que en la más mínima cosa no se ofendiese el Señor.

No olvidemos lo que le sucedió con otro religioso, que es milagroso testimonio del ardiente celo que tenia de la salvacion de las almas, y fué que, vencido del comun enemigo, trataba de renunciar los hábitos y dejar la religion, que era dejar la salvacion. Estando el P. Almeida muchas leguas ausente, tuvo revelacion de Dios de su resolucion, y por virtud divina le apareció en el lugar en que estaba el religioso distante, y entrando por sus puertas, le afeó su mal intento y le reprendió con tal espíritu y tanta fuerza de razones, amenazándole con los castigos de Dios, que el religioso se compungió y trocó en otro hombre, determinando en aquel punto de perder mil vidas ántes que dejar la religion. Con esto le dejó el P. Almeida, que habia venido de tan léjos traído milagrosamente á sólo remediar su alma, sin haberse visto los dos jamas; pero ordenó Dios que el religioso fuese despues á la tierra donde estaba el P. Almeida, y en viéndole, le conoció y se arrojó á sus pies para besarle la mano como á padre y amparo á quien decia deber su salvacion. El Padre le abrazó con gran cariño y le pidió que callase lo que pasó entre los dos; pero el buen religioso, aunque calló por algun tiempo, despues lo publicó, juzgando que convenia para el crédito del P. Almeida y para la gloria de Dios, que tales cosas obraba por su medio para el bien de las almas y su salvacion.

## XII

*Refiérense algunas de las cosas admirables que obró Dios por su medio.*

Muchos son los milagros y cosas maravillosas que se cuentan haber obrado la divina mano por medio de este siervo de Dios, de los cuales referiré algunos, los más ciertos y probados en su informacion:

El primero fué en una aldea de S. Pablo, adonde Miguel de Almeida, hombre honrado y rico, de 80 años de edad, tenia una criada de la gente de la tierra, que se llamaba Grimaneza, ciega de ambos ojos y enferma de otras dolencias. Acertó á llegar allí el P. Almeida, que andaba sacramentando á los indios y negros, y movido á compasion, la dijo los Evangelios, poniéndole las manos sobre la cabeza y los ojos, y añadió para consolarla: «Confie, hija, que muy presto tendrá vista y entera salud.» El Padre lo dijo y Dios lo obró, porque luego abrió los ojos, y recuperó la vista, y se halló del todo sana con igual gozo suyo y admiracion de todos, que no cesaban de dar á Dios gracias y ensalzar la virtud de quien tales cosas obraba.

En S. Pablo estaba Esperanza Camacho, mujer de Francisco Rodriguez, en peligro de muerte por tener atravesada la criatura en el vientre sin poder echarla: llamaron al P. Almeida para que la confesase y ayudase á bien morir, por haberla desahuciado los médicos. El Padre la confesó, le dijo los Evangelios y le echó su bendicion, haciendo sobre ella la señal de la cruz, y luego dió á luz la criatura con admiracion de todos, y en particular de los médicos, que juraron en el proceso que habia sido milagrosa y sobre toda fuerza natural.

Un ciudadano que se llamaba Blas Mendez, estaba muy apretado de una grave enfermedad: fué el P. Juan de Almeida á consolarle, díjole los Evangelios conforme á su costumbre, y luego añadió: «Señor, no tengais temor, porque con el favor de Dios no morireis de esta enfermedad; pero, aunque alcanzareis salud, os aviso que dentro de un año tendreis otra que será la última de vuestra vida, por lo cual vivid muy advertido y preparado.» Todo sucedió así como lo profetizó el siervo de Dios, porque desde aquel día mejoró y estuvo bueno, y dentro de un año enfermó y murió, como el Padre se lo dijo, con prendas ciertas de su salvacion.

Un indio llamado Pablo, de la aldea de la Concepcion, llegó á lo último de la vida, á juicio de todos tan enfermo, que naturalmente era imposible vivir. Visitóle el P. Almeida, consolóle y esforzóle con sus dulces palabras, y haciendo sobre su cabeza la señal de la cruz dijo: «Confia, hijo, en la bondad